

ROMANCE VI

NEZAHUALXOCHITL.

De una preciosa litera,
Dechado de arte y de lujo,
Que viene cargada en hombros
De cuatro esclavos robustos,
Descendió Nezahualxóchitl,
Quien con labio irresoluto,
Á los que en torno la cercan
En pavoroso tumulto,
Presa de un temblor que es hijo
De su malestar profundo,
Por el príncipe pregunta
De angustia llena y de susto.
Interroga con la vista ;
Mas antes que labio alguno
Responda á su voz, un hombre
Tendió los brazos convulsos
Hacia ella, que, dando un grito,
Abrió temblando los suyos ;
Y se estremecen dos almas
En prolongado saludo.

*
* *

¡ Cuánto se amaban ! La noche
Que Nanche murió, al influjo
De su nefasto destino,

Sus corazones en uno
Se confundieron, latiendo
Del amor en el bien sumo ;
De un amor inexplicable,
Y en dulces goces fecundo.
Á ella la vimos risueña
Aquel día, cuando un cúmulo
De pensamientos llenaba
Su gentil cabeza, de humo ;
Cantar la oímos alegre
Los ensueños de un futuro
Sin desengaños ni quejas
Y sin horizontes turbios.
Y cuando al pié del cadáver
La desdichada no pudo
Sufrir el dolor, y al suelo
Rodó su cuerpo convulso,
Pasaron algunas horas
Sin que se turbase el mudo
Silencio de aquel recinto
Que parecía un sepulcro.

*
* *

Cuando ya el sol se acercaba
Á la mitad de su curso,
Entró á la estancia un mancebo
Que de pavoroso susto
Lleno, contempla aquel cuadro
De horror, de sangre y de luto ;
Á la joven se aproxima
Con un cariñoso impulso,
Y al llamarla acongojado,
Pálido como un difunto
Por el pesar, triste mira
Al objeto de su culto.
Abre al fin Nezahualxóchitl

Los tristes ojos enjutos,
Y concentrando su vista
En el mancebo, de súbito
Se alza del suelo; la llama
De un amor violento y puro
Se reflejó de sus ojos
Entre los cristales mustios;
Se acerca al príncipe amante,
Y con acento inseguro,
Que entrecortan los sollozos
Y ahogan ayes profundos,
Así le dice: « allí tienes,
Nezahualcóyotl, al único
Sér querido que amparaba
Mi orfandad en este mundo.
No miro ya de esta vida,
Por los desiertos oscuros,
Más luz que tú, más consuelo
Que tu amor ni más refugio.
Yo, que seas no te pido
Mi esposo, que fuera mucho;
Mas tampoco tu manceba
Me llamará el labio tuyo.
Sólo anhelo que conserves
De tu pecho en lo profundo,
El amor que esta mañana
Lef en tus ojos oculto,
Y que tu labio...

— Silencio!

Nezahualxóchitl, no es justo
Que me hables así... tu esposo
He de ser, yo te lo juro. »

Después, alzando el cádaver
De Nanche, salieron juntos
De la estancia, y no muy lejos
Del solitario sepulcro
De Tiata, en una cueva,

Depositaron los últimos
Despojos del noble anciano,
Como su memoria, augustos.

*
*

Al anoecer, muy pocos
Días después, en Tescuco,
Del infatigable Maxtla
Y sus sicarios, ocul to
Ante un anciano teopixqui (1)
Con un placer sin segundo,
Y de sus antepasados
Conforme al rito y los usos,
Delante de dos testigos,
Sus dos almas de consuno
Se unieron y para siempre
Con indisoluble nudo (2).

*
*

Entre los brazos del príncipe,
Nezahualxóchitl algunos
Breves instantes de dicha,
De supremo goce, estuvo;
Mas cuando de ellos pretende
Desasirse, un breve punto
Tembló, sus brazos se abrieron,
Y cayó al suelo; confuso
Nezahualcóyotl sobre ella
Se arroja de terror mudo;

(1) Sacerdote.

(2) Nezahualcóyotl se casó en su juventud con Nezahualxóchitl, que siendo de la casa real de Méjico, era digna de subir al trono; pero esta señora murió antes que el príncipe su esposo recobrase la corona que los tepanecas le habían usurpado. — *Clavijero*. Tomo I. pág. 106 [nota].

Y da un grito, que los montes
Repercuten uno á uno.

Y entre un tumulto, á la roja
Luz de los hachones fúljidos,
Contempló á Nezahualxóchitl
Bañada en sangre, sin pulsos;

Á quien le traspasa el pecho,
Que á poco encendía un puro
Y noble amor, de una flecha
El iztli ardiente y agudo.

« Por matarme á mí la han muerto: »

Exclama fiero, iracundo,
Nezahualcóyotl, alzándose
Con un movimiento brusco:

« Ellos, ellos, continúa
Con ronco acento, y sañudo
Hacia la ciudad volviendo
Los ojos como carbunclos:

— « ¡ Ah! maldita Azcapozalco,
Guarda de sus verdugos,
Mañana al rayar el día
Sabré vengar tus insultos!

No valdrán contra mi encono,
Tepanecas, tus conjuros;
Ni tus chimalis de bronce,
Ni tus escaupilis rudos.

Haré que tus torres altas
Desaparezcan del mundo,
Y convertiré en ceniza
Tus palacios y tus muros... »

Dijo, cayendo de hinojos
Al pié de los restos mudos
De su esposa, y llanto amargo
Hizo en sus mejillas surcos.

ROMANCE VII

LA MUERTE DEL TIRANO.

Apenas tímida el alba
Se arrebola con las luces
Que el astro rey, desde Oriente
Sobre los montes difunde,

En entrambos campamentos
Los capitanes reúnen
Á sus huestes, y do quiera
Animándolas, discurren.

Suena el tambor del combate,
Y la inmensa muchedumbre
De guerreros, la pelea
Traba en formidable empuje.

Penachos, cascos y escudos
En que oro y plata relucen,
En la furibunda lucha
Se mezclan y se confunden.

Allí estaba Izcóatl llevando
Un tencaliuhqui (1) que encubre
Sus nobles formas, y gasta,
Porque es de reyes costumbre,

Matzopeztlis (2), en los brazos,
Y cozehuatles (3), que suben
Hasta media pantorrilla,

(1) Traje de guerra que usaban los príncipes.

(2) Á manera de pulseras que llevaban los reyes en campaña.

(3) Especie de botas.

De cuero color de herrumbre,
Hechos con ricos adornos
De piedras que fuego lucen ;
Un tentetl (1) lleva suspenso
Del labio, y en viva lumbre
Bañan su cuello las piedras
De un collar que reproduce
Del fris los mil cambiantes,
Y su altivo pecho cubren.
Lleva en la frente, por último,
El copilli, (2) del cual surge
Un cuachicli, [3] en que campean
Plumas bermejas y azules.

Allí estaba Moteuczoma
Ilhuicamina, que hunde
Su macáhuitl en el cuello
De Mázatl, que fiero ruje
Al perecer. Con su muerte,
El pánico raudo cunde
Por las filas tepanecas,
Que rotas, dispersas, huyen.

Allí está Nezahualcóyotl
Que las persigue y confunde ;
Que á una muerte inevitable
Las empuja y las conduce ;
Y lo mismo que la roca
Que desde altísimas cumbres
Se desprende, y á su paso
Todo lo arrasa y destruye,

Así va con sus guerreros,
Á quienes valor infunde
Con su ejemplo, porque nada
Hay que su espíritu asuste,
Nada que ataje su brío,

(1) Una esmeralda.

(2) Corona.

(3) Insignia que usaba el rey en la guerra, á modo de penacho.

Nada que lo sobrepuje ;
Y el exterminio y la muerte
En torno suyo difunde.

En esto, Maxtla el tirano
Que perdido se presume,
En busca de un temazcalli, (1)
Que en su lobreguez le oculte,
Corre ciego á sus jardines,
Y hallándole, se introduce
En él y de horrible miedo
Chocan sus dientes y crujen.

Desde allí miró las llamas
Que su palacio consumen,
Y entre los gritos del pueblo
Escuchó el estruendo lúgubre,
Que al caer al suelo hacían
Tapias, arcos y techumbres,
El piso hundiendo al impulso
De su inmensa pesadumbre.

Oyó del cercano templo
El espantoso derrumbe,
Y el grito del populacho-
Que sus jardines obstruye ;

Que destroza las florestas
Do gozó, en horas más dulces,
Del tibio halago del aura,
De las flores el perfume.

Vió que muy cerca del sitio
Que su liviandad encubre,
Le buscaban, y al espanto
Su alma cobarde sucumbe.

¡ Cómo tiemblan los tiranos
Cuando á sus ojos, con lúgubre

(1) Aparato fabricado con ladrillos crudos, muy parecido en su construcción y figura á un horno de hacer pan, con la diferencia de que su superficie es más baja que la del suelo. En el interior de esta bóveda acostumbraban bañarse los aztecas.

Aparato al fin la muerte
Su pálida faz descubre!
Maxtla escondido en el fondo
Del temazcalli, prorumpe
En copioso, amargo llanto
Que sus pupilas desluce.
No tardan en encontrarle,
Que por mucho que se oculte
La maldad, siempre hay un labio
Que su guarida denuncie.
Del antro oscuro le sacan,
Y aún antes de que articule
Una palabra, á los golpes
De la fiera muchedumbre
De soldados que lo arrastran,
Descuartizan y contunden,
Perece al fin, y hasta el monte
Su horrible cuerpo conducen.
Y entretanto que las llamas
En Azcapozalco rujen,
Y á escombros, polvo y cenizas
La gran ciudad se reduce;
Entretanto que las víctimas
En alaridos prorumpen,
Y al insepulto cadáver
Los negros buitres circuyen,
Testigo de tanto estrago
En Occidente se hunde
El sol, lento y majestuoso,
Envuelto en cárdenas nubes.

TEZCOTZINCO

Á mi esposa la Sra. D^a Eleonor del Valle de Peón

ROMANCE I

Del lado en que el sol asoma,
Y de Tescuco no lejos,
Tendida entre hojas y flores,
En mitad de un monte enhiesto,
Por bosques amurallada
De elevadísimos fresnos,
De seculares olivos
Y ahuehuetes gigantescos,
Una mansión que de lujo
Y de esplendor es portento,
Hunde su frente en las nubes
Ó se retrata en los cielos.
¡ Es Tezcotzincó ! La historia
Nos guarda, imperecederos,
De sus pasadas grandezas
Los indelebles recuerdos !

*
* *

Una pendiente suave
Ofrece fácil acceso
Á sus inmensos jardines